

Yoander... sin límites

Texto y foto OSVIEL CASTRO MEDEL

Tal vez estas líneas debieron brotar antes, en 2008, cuando Yoander Arias Borges se abrazó a sus padres en el acto de graduación de Cultura Física.

“¡Lo lograste, mi'jol!”, le dijeron Damaris y Osvaldo apretándolo con fuerza a sus pechos, probablemente sin conocer que su retoño se convertía en el primer “limitado” cubano en graduarse sin límites en esa especialidad que requiere vigores físicos.

Entonces él miró sus extremidades inferiores, sintió en el rostro los pequeños surcos trazados por las lágrimas y le llegaron en retrospectiva los sucesos fatales del pasado.

Su reloj apenas tenía nueve años cuando, en la línea del tren, su pierna izquierda fue arrancada de un tajo. A esa edad la inocencia domina los instintos y surgen costumbres imprudentes, como la de Yoander, que consistía en pasar cada día por debajo de los vagones estacionados, hasta que una tarde la locomotora... echó a andar.

“La rueda me destrozó el fémur izquierdo por completo y me dejó la pierna derecha colgando de un solo tendón, por aquí... por la parte de atrás, perdí los tejidos, los tendones y gran parte de la masa muscular”, contaría tiempo más tarde, señalándose desde el calcáneo hasta el reverso de la rótula.

Pasó un año completo ingresado en el proceso de reconstrucción de la extremidad salvada: tres meses en su Bayamo natal y nueve en La Habana, y si consiguió terminar los estudios primarios se debió a la dedicación de maestros ambulatorios que volaban hasta su cabecera a enseñarle más que números y grafías.

Al retornar a casa, la depresión enseñó su látigo perverso “porque veía correr a mis amiguitos alrededor de mí” y eso le noqueaba el corazón de niño.

Por suerte, le hablaron de la escuela Solidaridad con Panamá, en la capital del país, donde conoció pequeños “con mayores problemas físicos que los míos, llenos de una voluntad que estremecía”. Allí aprendió a jugar baloncesto y otros deportes, a sonreír en los atardeceres rojos, a acostarse en una cuerda de guitarra y a subirse en arcoiris esperanzadores.

“Integré un equipo de básquet sobre sillas de ruedas que era magnífico y conocí de la música, del teatro, del arte en general. Me divertí como nunca, aunque también lloré por la lejanía y porque echaba de menos a mi casa”, diría en una ocasión.

En oportunidades, la nostalgia asolaba tanto que la primera vez en que habló por teléfono con Osvaldo se le quedó la garganta en nudo vivo, sin una sola palabra. Algo similar aconteció cuando sus padres inauguraron



las visitas a la escuela y vio acercarse la silueta de ambos mientras le saltaban los nervios de todo el cuerpo.

“Yo tengo que seguir”, se dijo sin imaginar otras pruebas futuras. No solo fue un juramento para la secundaria básica, sino también para el preuniversitario, que cursó en el Ipuéc Perucho Figueredo, desde donde decenas de jornadas viajó solo a su casa, “por los amarillos”.

Cierto día, un señor que lo veía a menudo en una parada no soportó más la discreción y se le acercó para preguntarle quién era, qué le había pasado. Le contó... y aquel hombre se echó a llorar sobre Yoander, que tampoco pudo contenerse. “Me dijo: ¡Qué fuerza de voluntad tú tienes. Sigue así, lucha hasta el final!” y esas palabras las recordaría hasta hoy.

Le sirvieron en el momento en que abandonó la carrera de Ingeniería en Telecomunicaciones, en Santiago de Cuba, obligado por la estrechez económica de la familia y tuvo que dedicarse a estudiar Técnico Medio en Electrónica, porque estaba más cerca de la casa.

O en la época en que decidió integrarse al Curso de superación para jóvenes, desde el cual saltó a la Cultura Física, no sin resistencias, negaciones y hasta pruebas de aptitud que hizo sobre sus muletas.

Acaso estas líneas debieron emanar antes, cuando Yoander se proclamó, hace más de tres lustros, campeón nacional de levantamiento de pesas para el deporte adaptado, un título que consiguió repetidamente; o cuando ejercía como singular profesor de Educación Física y enseñaba con gusto ajedrez a unos duendes traviesos, porque esos magos pequeños siempre han inspirado su vida.

Por eso, la llegada de Dianelis Liagnet, hace 18 abril, fruto de su amor con Yaneisi Caridad Tablada Flores, significó un Sol en el centro de la modesta vivienda de Siboney. Cuatro años después esa luz se repetiría con el dichoso primer llanto de Daliannis Maura Arias Tablada.

Probablemente estos párrafos debieron emerger antes, cuando fungía como vicepresidente de la Asociación Cubana de Limitados Físico-Motores, en Bayamo, en la que estuvo siete años en la primera fila del ejemplo, atendiendo el área de deportes.

Y todo eso, sin dejar de pedalear, ayudado por una muleta en su bicicleta, que es como otra amiga. “Me caí al principio como mil veces, me he hecho buenos raspones y heridas grandes... pero seguí y aquí estoy”, relataría al respecto.

Ahora, repasando su historia, el periodista se lamenta porque no dibujó sus remates, canastas o alzadas cuando, por años, practicó tres deportes al mismo tiempo: voleibol sentado, baloncesto y pesas, y atravesó la geografía cubana en los trajes de esas competencias.

O porque no lo entrevistó cuando regresó de Toronto, del certamen de halterofilia de los Juegos Parapanamericanos 2015, con una medalla de bronce en su pecho, en la categoría de 59 kilogramos, que provocó nuevos ríos en las mejillas de sus progenitores. O porque no reseñó otras competencias internacionales, representando la Bandera tricolor, en Colombia, México o en los recientes Parapanamericanos de Perú, a las que acudió con un empeño imposible de dibujar en estas páginas, pues las enfermedades han seguido martillando sus días.

“Desde el accidente no he podido superar la lifangitis, tampoco las úlceras en la pierna derecha; he pasado hasta tres meses tomando antibióticos sin salir de la casa, pero jamás me doy por vencido”, comentó hace unos días.

El consuelo de estos párrafos es que, al menos, se acercan a la historia de un ser humano excepcional que a sus 39 años mantiene la batalla contra los infortunios con el deporte como escudo y bálsamo, con la familia como refugio y bastón, con la virtud como espada para seguir ganando.

De Alazanes y espuelas necesarias

Por OSVIEL CASTRO MEDEL



Ya habrá tiempo para el análisis metódico, entre directivos, técnicos, atletas y ojalá hasta la prensa, últimamente olvidada a la hora del recuento y de los debates de nuestro pasatiempo nacional.

Aunque duela escribirlo, tal vez necesitábamos no pasar a la segunda fase de la 59 Serie Nacional de Béisbol (SNB) y quedar en el séptimo puesto para centrarnos más ahora en nuestras deficiencias, porque muchas veces las victorias cubren demasiado los lunares y después se olvidan.

Sería injusto catalogar de mala o regular la actuación de los Alazanes en esta contienda, después de la pálida imagen del año anterior, en que apenas lograron 18 victorias.

El equipo esta vez sí dio batalla, incluso con la ausencia casi total de Guillermo Avilés y sin la presencia de Lázaro Blanco y de Carlos Benítez en los primeros nueve partidos, además de la falta, en los 17 choques iniciales, de la bujía inspiradora del conjunto, Roel Santos, quien pese a su estelaridad parece haber cambiado la manera de batear, ahora más ansiosa y menos exprimidora de los lanzadores.

“Por una victoria contra Cienfuegos, Granma no fue cuarto en el torneo”, dicen algunos con simpleza, sin percatarse de que a veces en un lanzamiento o en una jugada se determina la historia de un campeonato.

Solo un malagradecido olvidaría que los Caballos consiguieron 26 éxitos, a solo tres juegos del primer lugar, y terminaron empatados con tres equipos, que al final se vieron involucrados, como los granmenses, en los veleidosos comodines.

De cualquier modo, la derrota frente a Industriales sirvió para que nos reafirmemos que nuestro béisbol necesita crecer mucho, en varios aspectos.

Si repasamos mínimamente las estadísticas, encontraremos que los Alazanes apenas robaron ¡dos bases! en 11 intentos en toda la serie y esos dos números solos indican una deficiencia neurálgica.

Por otra parte, sigue siendo notoria la merma en los cuadrangulares, que antaño había sido un puntal del equipo. En la SNB pegaron 21 en 45 partidos, solo por delante de Artemisa (18), la Isla y Sancti Spíritus (19).

¿Cuántas victorias se hubieran logrado con un equipo con más bases robadas y apenas otros cinco o seis jonrones?

Y la defensa, que mejoró mucho cuando se conquistaron los dos campeonatos seguidos, volvió a retroceder, porque se cometieron 46 errores y promedió para 973, un punto por debajo de la media del campeonato.

Por suerte, surgieron figuras nuevas con un futuro prometedor si no se malogran en la difícil ruta de nuestros torneos. Eso llena de aliento a una afición conocedora que quiere verlas jugar más en lo inmediato.

Desde ahora, sin provocar heridas, será preciso pensar en la renovación de una parte del elenco, porque varios atletas, a quienes se les agradece, muy poco aportarían si lo integran.

No deben de asustarnos los zarandeos y espuelazos, los cambios en los entrenamientos, las metodologías o en la propia dirección, que no es de un solo hombre, como a veces se cree.

La necesidad de trabajar más las estadísticas y las tendencias que estas arrojan, el estudio de los contrarios y la unión verdadera de los técnicos de este territorio son aspectos pendientes, pero no para las calendas griegas.

El avance fue grande en comparación con la serie pasada, en la que se obtuvo el lugar 13. Pero nunca será exagerado pedir más. El camino es seguir construyendo entre todos un proyecto para que los Alazanes vuelvan a levantar el trofeo, pero, primero que todo, relinchen con un juego alegre y bonito.